

representación y como cultura política. En este libro, la síntesis del acervo teórico disponible, tanto el que está relacionado con la problemática general de la acción colectiva y de los movimientos sociales, como aquél que se refiere específicamente a la interpretación de esa problemática en el caso mexicano, será muy útil para delinear nuevas investigaciones y para conocer mejor las características de la protesta social en México.

Maya Lorena Pérez Ruiz, *¡Todos somos zapatistas! Alianzas y rupturas entre el EZLN y las organizaciones indígenas de México*, México, INAH-Conaculta, 2005, pp. 788.

MARCO ANTONIO ESTRADA SAAVEDRA*

El estudio del neozapatismo representa una paradoja: a pesar de la gran cantidad de información, artículos y libros de toda índole, sabemos muy poco sobre los rebeldes chiapanecos. Sobre todo, los científicos sociales no se han ocupado del tema de manera metódica y con las herramientas propias de sus disciplinas. Lo que predomina en el ámbito académico son tomas de postura a favor o en contra del levantamiento indígena de 1994 y sus ulteriores consecuencias. Por esta simple razón, sobresale por méritos propios el libro de Maya Lorena Pérez Ruiz, *¡Todos somos zapatistas!*, pues la autora antepone la información, el análisis, la reflexión y los juicios ponderados a sus preferencias políticas.

En efecto, partiendo de un enfoque antropológico, el libro aquí comentado es resultado de un paciente trabajo hemerográfico, archivístico y etnográfico que se ocupa de un tema poco y mal estudiado: las conflictivas relaciones entre el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y los movimientos campesino e indígena. Acometer una investigación de este tipo supone dudar de la natural “unidad indígena y campesina” en torno al zapatismo. Las actitudes partisanas prozapatistas han inhibido, en principio, este tipo de cuestiones y la posibilidad de un análisis crítico de la materia. En contracorriente, con el fin de entender las relaciones entabladas entre el EZLN y las organizaciones campesinas chiapanecas y las indígenas nacionales, por un lado, y entre los alzados y el gobierno federal, por otro, Pérez Ruiz lee con minuciosidad diarios nacionales y estatales; consulta una inmensa cantidad de documentos generados por los propios actores que expresan sus creencias y posiciones; observa directamente el desarrollo de las mesas de negociaciones entre la comandancia insurgente y los representantes del gobierno federal, así como la dinámica de diversos foros indígenas, reuniones académicas y legislativas y, en general, de una gran variedad de eventos en los que se discuten los derechos indígenas. En fin, toda esta etnografía del conflicto y la negociación entre las partes, se concreta en un voluminoso libro de ocho capítulos

* Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México.

y un largo epílogo que tejen la historia del surgimiento y consolidación de los indígenas como actores sociales hasta la formación y evolución del EZLN en medio del conflicto abierto con el gobierno nacional. De esta manera, la autora tensa un arco temporal desde mediados de la década de los sesenta del siglo pasado (es decir, el periodo de la formación de las organizaciones campesinas independientes en aquel estado del sureste) hasta el año 2001, en el que, en el gobierno de Vicente Fox, los involucrados pierden, de nueva cuenta, una oportunidad para lograr la paz y negociar las demandas políticas y sociales enarboladas por el EZLN. Por supuesto, el énfasis del libro está en el periodo que comprende los años 1994-2001.

El marco teórico utilizado no podría ser más pertinente para la investigación: la teoría de los movimientos sociales, en particular en su rama italiana representada por Alberto Melucci. La autora propone entender al EZLN y a las organizaciones campesinas e indígenas como actores colectivos que se constituyen en el conflicto que los enfrenta a un oponente y, de esta manera, configuran una identidad y una solidaridad propias. Según esta teoría, existen tres tipos de actores dependiendo del nivel social en el que se ubique el conflicto, a saber: reivindicativos, políticos y antagónicos o de clase. En otras palabras, si las demandas del actor colectivo, como las organizaciones campesinas chiapanecas, expresan un conflicto sólo en torno a las normas y funciones de la organización social y buscan únicamente otro tipo de distribución de los recursos, nos encontramos, entonces, con un movimiento reivindicativo. En cambio, los actores colectivos, como el movimiento indígena nacional, que enderezan sus demandas al sistema político, conforman un movimiento político al transformar y ampliar los canales de participación política y mejorar su posición de poder e influencia en dicho sistema. Por último, un actor colectivo se constituye en movimiento antagónico o de clase si el conflicto que inicia pretende y logra cambiar las coordenadas fundamentales de la (re)producción de la sociedad e imponer una nueva "historicidad", o sea, un modelo social alternativo que reordene radicalmente las relaciones sociales. En este caso se subsumiría el EZLN a su proyecto de transformación revolucionaria de la sociedad.

Con base en esta teoría y en la observación detallada de los actores y sus múltiples conflictos, Maya Lorena Pérez Ruiz ofrece una mirada compleja del tema tratado, que aparta su investigación de los análisis y argumentos reduccionistas hasta hoy predominantes. Por ejemplo, hay en el libro un empeño por diferenciar al oponente de los actores colectivos, el gobierno, en sus diferentes niveles constitucionales (federal, estatal, municipal), las fracciones que operan en cada uno de éstos, así como sus intereses y estrategias múltiples y, en ocasiones, contradictorias entre sí. En este mismo sentido, se distinguen también los diferentes actores del sistema político, como el poder judicial, el poder legislativo (la Comisión de Concordia y Pacificación, Cocopa) y los partidos políticos para dar cuenta de los modos en que cada uno de ellos trató el tema indígena y se relacionó con los actores en conflicto, en particular con el EZLN. En este variado lienzo hay espacio asimismo para la diócesis de San Cristóbal, las organizaciones no gubernamentales (ONG), los grupos paramilitares y otros actores secundarios. Esta complejidad teórico-metodológica se potencia al considerar la dimensión temporal para analizar y explicar las rápidas transformaciones del conflicto,

los cambios de estrategias de los oponentes, el surgimiento de crisis y coyunturas que influyen en las (re)definiciones de demandas, intereses, alianzas y hasta en las identidades sociales de los involucrados. Por si lo anterior fuera poco, la autora no deja de señalar las disonancias entre los discursos y prácticas reales de los actores estudiados, superando así el lamentable hábito académico de reproducir sólo lo que dicen los actores de sí mismos sin someterlo a un examen.

Después de este largo preámbulo, entremos al contenido mismo del texto. El título de la obra, *¡Todos somos zapatistas!*, contiene de modo irónico y oblicuo, la tesis central del libro: precisamente que, a pesar de las simpatías, los intereses comunes y las alianzas que entablaron las organizaciones campesinas chiapanecas e indígenas nacionales con el EZLN en momentos determinados entre 1994 y 2001; y no obstante los esfuerzos de los rebeldes de sumarlas a su propia lucha, éstas *no* eran zapatistas. Justamente esta no identidad entre los que podrían considerarse “aliados naturales” y el ánimo zapatista de hacerlos converger en un solo movimiento social liderado por el EZLN, se tradujo en malentendidos, tensiones y, finalmente, rupturas entre ellos en un contexto sumamente adverso en el que el gobierno federal se empeñó en atacar y desarticular a los sublevados mediante múltiples estrategias. A grandes rasgos, éste es el núcleo temático de la argumentación de los capítulos centrales y, por cierto, los más originales, importantes e interesantes del libro, es decir, los capítulos 4, 5 y 6. En efecto, en estas sustanciosas páginas, se estudian las alianzas que entablaron el EZLN, el movimiento campesino chiapaneco (en particular el poderoso Consejo Estatal de Organizaciones Indígenas y Campesinas de Chiapas, CEOIC) y el movimiento indígena nacional, a pesar de que las organizaciones que conformaron estos últimos rechazaron la vía armada como forma de solucionar conflictos políticos y agrarios. La autora da cuenta de las coincidencias y desacuerdos entre ambos grupos en medio de la política gubernamental de aislar y reducir al EZLN, separándolo de estas organizaciones mediante negociaciones individuales y la puesta en marcha de programas agrarios y sociales que enfrentaban a las organizaciones entre sí por recursos y representatividad política.

Lo que me gustaría resaltar aquí, siguiendo la argumentación de Pérez Ruiz, es la forma en que el EZLN, contraviniendo la imagen pública de ser una organización “democrática” preocupada por entablar diálogos en búsqueda del bien común en términos de respeto e igualdad con todos los actores de la sociedad civil que así lo deseen, se enfrasca en una lucha hegemónica con sus “aliados” en torno a la representatividad de los movimientos campesinos chiapaneco y el indígena nacional. Así, el EZLN no dejó que el liderazgo político estuviera en disputa para otras organizaciones, descalificando a toda aquella que mantuviera una postura política propia o ligeramente distinta o de plano diferente a la que el EZLN exigía como la única razonable y justa. Para el EZLN, ceder el liderazgo del movimiento campesino e indígena implicaba perder su “fuerza política”, que dependía justamente del reconocimiento que había logrado como voz y representante de todos los campesinos e indígenas de México. Justo frente a los que políticamente el EZLN habría tenido que mantener en el bando de los amigos para maximizar sus posibilidades de éxito bajo las condiciones de la política gubernamental contrainsurgente, la guerrilla fue incapaz de hacer valer sus principios

que más simpatías y reconocimiento le han valido: *un mundo en el que quepan todos los mundos, para todos todo, para nosotros nada y mandar obedeciendo*. Esto contribuyó a fortalecer su aislamiento, además de escamotear la creación de un frente común con una agenda compartida para lograr la solución integral de los problemas agrarios y económicos de Chiapas y materializar las luchas autonómicas indígenas en la Constitución nacional y en forma de instituciones operantes en beneficio de los pueblos indígenas.

La ruptura entre el EZLN y los movimientos campesino e indígena no fue resultado exclusivo del autoritarismo y los deseos hegemónicos de los zapatistas. Con buen tino, la autora nos recuerda, siguiendo adecuadamente su marco teórico, que los orígenes históricos, la forma organizacional, los objetivos de las luchas de cada uno de los actores colectivos, así como las cambiantes coyunturas y crisis políticas, contribuyeron a la división entre los “aliados”. En efecto, existía una incompatibilidad estructural, por decirlo así, entre las organizaciones campesinas, movilizadas por la tierra, las mejoras de la producción y comercialización para beneficio de sus respectivas bases sociales y cuyo contexto de conflicto se definía en los ámbitos local y regional, por un lado, y el proyecto revolucionario de una organización militar guerrillera, por otro, cuya lucha tiene objetivos nacionales de negociación y consecución poco fáciles.

Y otro tanto sucedió en la relación entre el EZLN y el movimiento indígena nacional, que surgió no de manera “orgánica” sino “estratégica”. En otras palabras, a pesar de la composición étnica de su base social (“las bases de apoyo”) y de la mayoría de sus dirigentes y líderes, el tema indígena no se encontraba prioritariamente en el horizonte de lucha del EZLN. En efecto, éste sólo lo asume como una bandera política ante la necesidad y la conveniencia de hacerse de un poderoso aliado político que lo proyectara a la arena política nacional, en un momento en que el gobierno intentaba “chiapanizar” el conflicto.¹ Tras la breve luna de miel, las diferencias entre los “aliados” afloraron. Lo sorprendente es que no eran divergencias temáticas o ideológicas, pues el EZLN había adoptado prácticamente los contenidos de la causas indianistas elaboradas por un movimiento más añejo y con gran experiencia programática y de lucha, sino, más pedestremente, diferencias en torno al liderazgo, la representatividad, el proyecto político y el control y poder, que, al final, confrontaron a los dirigentes zapatistas con los líderes del movimiento indígena nacional, y a estos últimos entre sí.

El otro factor determinante para que fracasara la “política de alianzas” del EZLN fue, sin duda, lo que la autora denomina la “política de cercos” del gobierno federal para contener y reducir al zapatismo. En la bibliografía existente, esta política se presenta, de manera difusa, como “contrainsurgente”. Pérez Ruiz ofrece una versión más sofisticada de ésta última, diferenciando sus distintas dimensiones, alcances y efectos,

¹ La autora nos recuerda, por ejemplo, que el tema indígena no tuvo ninguna importancia durante la Convención Nacional Democrática de 1994, como tampoco en la Consulta Nacional por la Paz y la Democracia de 1995 o en la fundación del Frente Zapatista de Liberación Nacional en 1997. Es más, en la misma Primera Declaración de la Selva Lacandona en enero de 1994, lo indígena se antoja una categoría residual.

que siempre estuvieron dirigidos a desarticular el zapatismo. Así, habla del cerco organizativo, político, económico, jurídico, mediático y, por supuesto, militar y paramilitar, presentando diferentes escenarios en los que se aplica uno u otro cerco, o varios a la vez, y el modo en que el EZLN y los movimientos campesino e indígena responden ante los embates gubernamentales. Aunque en ocasiones parece que la antropóloga sugeriría la existencia de una “política” (la del cerco) controlada y aplicada de manera mecánica y sistemática por parte del gobierno, la información ofrecida en la reconstrucción histórico-etnográfica demuestra que dicha “política” tomaba sus propias dinámicas dependiendo del uso e interpretación que hacían de ella las fracciones gubernamentales (en cualquiera de sus niveles) y sus intereses concretos a corto y mediano plazo, con resultados y efectos no planeados y hasta contraproducentes para los planes del gobierno federal. Piénsese, por ejemplo, en las criminales masacres de Acteal o El Bosque, o en los constantes reposicionamientos mediáticos del EZLN a causa de pifias de los representantes del gobierno, en momentos en que aquél había perdido simpatías en la “sociedad civil” o interés para la opinión pública.

Una de las aportaciones más importantes del trabajo de Maya Lorena Pérez Ruiz es, sin duda, la etnografía de las mesas de negociaciones entre el gobierno federal y la dirigencia zapatista, en donde se lleva a cabo más bien un “monólogo”. En efecto, tanto el gobierno como el EZLN, afirma la autora, orientaban sus acciones con el fin de acabar a su oponente y/o disminuirlo para colocarlo en una situación subordinada en las mesas de diálogo. Ninguno de los dos escuchaba realmente a su contraparte ni tenía demasiado interés en resolver el conflicto. Así, mientras que el EZLN buscaba ubicar su lucha a nivel nacional y, por tanto, deseaba influir de manera preeminente en las transformaciones institucionales en los ámbitos político, económico, social y cultural, el gobierno, por su parte, pretendía aislar a la guerrilla de sus posibles aliados y simpatizantes y, así, dirimir el conflicto en el ámbito local o, a lo sumo, estatal. Como movimiento social, en términos de Melucci, el EZLN apostaba a una transformación radical de la sociedad mexicana. Por tanto, su estrategia política no podía sino caracterizarse por el maximalismo del “todo o nada”. Lo anterior junto con una ausencia de prácticas y cultura democráticas en su experiencia de lucha condujeron a la dirigencia insurgente frecuentemente a hacer lecturas equivocadas de la situación y a realizar cálculos políticos errados como la esperanza de que tras el levantamiento de 1994, las mayorías sociales se unirían a su lucha; o que tras la contienda electoral de 1997, el presidente Ernesto Zedillo tendría que dejar el poder y, bajo un interinato de Cuauhtémoc Cárdenas, se sentarían las bases para un gobierno de transición y la instalación de un nuevo constituyente; o que “la sociedad civil” se volcaría a sumarse a la iniciativa zapatista de crear e incorporarse masivamente al Frente Zapatista de Liberación Nacional; o, para ofrecer un último ejemplo, haberse negado a participar en la Mesa Nacional para la Reforma del Estado, que culminó en la Reforma Electoral de 1996. Todo ello resultó en la paradoja de que, habiendo acelerado la transición del régimen político por medio de la violencia revolucionaria, el EZLN no se benefició de ello; todo lo contrario, quedó (auto) marginado justamente por esa falta de buen juicio político y de entender que la política es, esencialmente, diálogo y negociación.

En *¡Todos somos zapatistas!*, el lector encontrará pistas y razones para comprender el presente y el futuro del EZLN, cada vez más aislado y recluido, según la autora, en el “Desierto de la Soledad”, como parece indicar el escaso éxito de “la otra campaña” zapatista iniciada a principios de 2006.

Por todo lo anterior, a pesar de que es un texto innecesariamente largo (788 páginas), que merecería haber sido recortado en al menos un tercio de su extensión mediante un trabajo editorial más estricto, no creo equivocarme al aventurar que es uno de los trabajos más completos que ofrece, a la vez, un panorama amplio y detallado del conflicto chiapaneco entre 1994 y 2001. Todo aquel interesado en el tema lo habrá de considerar como una referencia ineludible.